

HOMILIA PRONUNCIADA EN EL FUNERAL DEL P. GUSTAVO ALBERTO SUCRE EDUARDO

Bendita tú porque has creído. Es lo que hemos escuchado como alabanza a María y también la que quiero pronunciar en la persona de Gustavo Sucre. Un venezolano a carta cabal, un jesuita entregado a la misión, un amigo, hombre que en su vida expresó cercanía, caridad y una sabiduría excepcional.

Permítanme entre los múltiples dones con los que el Señor adornó a este hermano nuestro, rescatar este último de la sabiduría. No se trata de sus profusos y profundos estudios: letras, filosofía, economía y teología en diversos centros de estudios en Europa. (Oña, Loyola, Lovaina, Innsbruck). No quiero dejar de mencionar que es antiguo alumno del Colegio San Ignacio en su sede de la esquina de jesuitas, de lo cual se sentía muy orgulloso. No se trata sólo de su condición de sacerdote, ministerio que recibió en 1960 y que con tanto cariño ejercía acompañando a familias, a miembros de esta casa de estudio, en especial a personal obrero, y a la comunidad del barrio Sta. Ana. No se trata sólo de las importantes misiones que durante más de 50 años ejerció en esta Universidad: profesor en la escuela de economía, director, decano, secretario general de la UCAB, secretario ejecutivo de la Fundación Andrés Bello. No se trata del doctorado Honoris Causa en Derecho que con razón y justicia le otorgó esta universidad a uno de sus inspiradores jurídicos, pues buena parte de la producción reglamentaria y de resoluciones de casos en la UCAB pasó por sus manos.

Se trata de la sabiduría que el lema de la UCAB pregona: Ut innotescat multiformis sapientia Dei. «Para que se conozca la multiforme sabiduría de Dios». Lo digo con temor porque apenas si entendí algo de gramática latina y estoy delante de quien leía diariamente su breviario en latín y fue el perenne traductor de las congregaciones provinciales de Venezuela al latín. Gustavo fue la imagen del hombre venezolano, por qué no decirlo caraqueño, que dejó que el Señor fraguara en él eso que nuestro lema pregona.

Esa sabiduría por la cual combinaba la suerte de quien prepara una comida; su formación intelectual, su buen humor, cierto toque para la fina ironía, capacidad para la cercanía y la comprensión del otro, misericordia, claridad en las ideas y visión histórica, sólo por citar algunos ingredientes que a veces venían salpicados de un buen trago compartido entre amigos. No hablamos de algo que está en los libros (aunque también los requiere), sino que está en el alma y que se expresa como consejo, acompañamiento, amistad.

María, portadora del Hijo, inspirada por esa sabiduría que porta en el corazón y en el vientre, emprende camino para encontrarse con quien necesita de cercanía y apoyo. Gustavo supo ser cercano en la alegría y el dolor. Invitado a celebrar las alegrías de muchas familias, sabía ser una persona con quien se podía compartir una velada, pero también era el primero en acudir a cuanto velorio hiciera falta estar para orar por los difuntos y darles la fortaleza de la fe a quienes habían sufrido una pérdida. Entre otras cosas quiero destacar que jamás dejó de ir a una misa funeral de un compañero jesuita. Es la sabiduría de quien parte y comparte porque tiene dentro de sí un tesoro que celebra y se hace solidario.

Esta sabiduría es la que permite que la misma Provincia lo elija delegado junto a nuestro recordado Iñaki Huarte para la Congregación General 32, que de forma tan definitiva marcó el ser de esta mínima Compañía. Es esta sabiduría la que hizo que muchos fueran los que se acercaran pidiendo consejos, ayuda y ganaron más que eso: un amigo. Y he mencionado mucho esa palabra de amigo porque si algo fue Gustavo fue ser un buen amigo. Quisiera señalar algunas frases que he encontrado en mi Facebook cuando tuve que dar la triste noticia de su partida:

- Qué lamentable pérdida. Un hombre ejemplar que siempre recordaré con cariño. Siempre luchó por ayudar a los estudiantes y a los más necesitados. Muy en lo personal fue un ángel en mi camino. Que en paz descanse.
- Vivió feliz, transmitió siempre su parecer con su particular humor y forma de ser. Fue una bendición haberlo conocido, haber trabajado a su lado y haberlo atendido en el Centro de Salud Santa Inés, del cual siempre se mostró tan orgulloso.
- Tuve el placer de conocerle y así poder apreciar de cerca la inteligencia práctica del padre Sucre...
- Un permanente representante estudiantil. Siempre se le guardará un inmenso cariño. Agradezco a Dios haber podido compartir con él conversaciones, favores y Consejos Universitarios...
- Profunda tristeza porque perdimos a uno de nuestros ángeles en la UCAB
- Semilla de esos 100 años de presencia en Venezuela, que sea fruto de nuevas vocaciones
- Se nos fue un hombre de bien. Guardaré esta imagen de él: empezando el turno de noche, un sacerdote que caminaba a lo largo del piso 3 leyendo su libro de oraciones.

Luego de 88 años vividos a plenitud como Compañero de Jesús, se reúne con sus padres: Andrés y Alicia y con sus otros diez hermanos: Andrés, Gabriel, Armando, Gonzalo, Francisco, Bernardo, Hernando, Alicia, Mimí y Beatriz, quedando aún en medio de nosotros Helena. Gracias a su familia por tanta cercanía no sólo a él, sino a toda la Compañía a lo largo de esta historia de casi 100 años que ahora hemos comenzado a celebrar y de la cual Uds. se pueden sentir razón y parte. No quiero dejar de agradecer a toda la comunidad jesuítica de la UCAB que él tanto quiso, pues ni por error se planteó vivir un día fuera de ella. En particular gracias al P. Danny Socorro que supo ser un hijo espiritual y apoyo en el tiempo más duro de su vida.

Se trata de 88 años vividos como señala la segunda lectura: Aquí estoy oh Señor para hacer tu voluntad. He ahí la sabiduría que le transmitió su familia y que él supo hacer carne y hueso en la historia de esta Universidad. Javier Duplá recupera de su discurso al recibir el doctorado Honoris Causa que tiene hoy más que nunca vigencia en la Venezuela que enfrenta un duro 2016:

“En estos tiempos de tantas tensiones y confrontaciones nacionales e internacionales me gustaría subrayar que la paz es obra de la justicia; pero que esa paz será inalcanzable con la sola y fría defensa del derecho, si no está esa justicia coronada de una verdadera caridad. Porque así como la caridad nunca será verdadera si no tiene en cuenta la justicia, así la verdadera unión de todos, en aras del bien común, sólo se alcanza no con la sola y fría

justicia, sino cuando todas las partes de la sociedad sienten íntimamente que son miembros de una gran familia e hijos del mismo padre”.

Nuestra Iglesia se llama María trono de la Sabiduría. Sea ella a quien tantas veces se confió Gustavo quien acuda a su encuentro y pueda con ella cantar el Magnificat que reconoce la obra de Dios, como hoy nosotros lo hacemos reconociendo en Gustavo que el Señor nos sigue visitando en su misericordia.

Dale Señor el descanso eterno. Descanse en paz.

**Caracas, 19 de diciembre de 2015,
en la Iglesia María Trono de la Sabiduría,
Universidad Católica Andrés Bello
P. Arturo Peraza, Provincial**